

25.º domingo ordinario C

Te ruego, pues, lo primero de todo, que hagáis oraciones, plegarias, súplicas, acciones de gracias por todos los hombres. (1 Tm 2,1)



Primera lectura

Amós 8,4-7

Escuchad esto los que exprimís al pobre, despojáis a los miserables, diciendo: ¿Cuándo pasará la luna nueva para vender el trigo, y el sábado para ofrecer el grano? Disminuís la medida, aumentáis el precio, usáis balanzas con trampa, compráis por dinero al pobre, al mísero por un par de sandalias, vendiendo hasta el salvado del trigo. Jura el Señor por la gloria de Jacob que no olvidará jamás vuestras acciones.

Segunda lectura

1 Timoteo 2,1-8

Te ruego, pues, lo primero de todo, que hagáis oraciones, plegarias, súplicas, acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los que están en el mando, para que podamos llevar una vida tranquila y apacible, con toda piedad y decoro. Eso es bueno y grato ante los ojos de nuestro Salvador, Dios, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Pues Dios es uno, y uno solo es el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó en rescate por todos; éste es el testimonio en el tiempo apropiado; para él estoy puesto como anunciador y apóstol – digo la verdad, no miento – , maestro de los paganos en fe y verdad. Encargo a los hombres que recen en cualquier lugar alzando las manos limpias de ira y divisiones.

Evangelio

Lucas 16,10-13

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: – El que es de fiar en lo menudo, también en lo importante es de fiar; el que no es honrado en lo menudo, tampoco en lo importante es honrado. Si no fuisteis de fiar en el vil dinero, ¿quién os confiará lo que vale de veras? Si no fuisteis de fiar en lo ajeno, lo vuestro, ¿quién os lo dará? Ningún siervo puede servir a dos amos: porque, o bien aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero.

Meditación

El reino es ante todo la expresión del don de Dios que elige y que perdona. Su riqueza ha convertido al hombre en plenamente rico. Sin embargo, el que pretenda encerrar sobre su vida el don que ha recibido acaba por perderlo. Estos nos lleva una vez más al centro de la dialéctica entre la gracia (el amor de Dios, el reino) y las exigencias de las obras (es decir, la vida humana convertida en don de amor para los otros).

Esta exigencia de la vida o de las obras no se puede difuminar en un espiritualismo de carácter sentimental. Una y otra vez plantea Lucas el tema de los bienes de la fortuna. La manera de emplearlos es el reflejo (la concretización) del gran misterio del amor de Dios en nuestra vida. En la parábola anterior se alude a un administrador de bienes, sabio pero injusto. Se ha enterado de que el señor intenta despedirle y se decide a falsear el libro de las cuentas, reduciendo de una forma descarada las deudas que le deben a su amo. Calcula que los deudores se verán obligados a ayudarle cuando sea despedido. Pues bien, la actuación de ese administrador puede servirnos de modelo. Ha empleado la riqueza que el señor le ha encomendado como un medio de ganarse amigos. De una forma semejante, los cristianos tienen que actuar con el dinero de este mundo al que, curiosamente, califica como injusto. El dinero que ordinariamente es ocasión o efecto de injusticia se puede convertir en medio para ayudar a los perdidos, a los pobres indigentes de la tierra. Tal es la forma verdadera de ganar amigos que nos sostienen y reciben precisamente en el momento que perdemos todo, cuando dejamos la administración de este mundo y llegamos al juicio.

La conclusión de esta parábola es absolutamente seria. Por eso se añaden dos advertencias que aplican y matizan su sentido. La primera indica que es preciso ser fieles en lo poco a fin de recibir después lo grande. Dios nos ha encomendado los bienes materiales; como buenos administradores tenemos que utilizar ese depósito de acuerdo a la voluntad de su dueño, es decir, en favor de los pobres, como un medio de amor y de servicio. Esto significa que el reino no se encuentra separado de la vida; se realizará a través de nuestro encuentro con los otros, de acuerdo con el uso que hagamos del dinero.

La segunda advertencia se formula en forma de sentencia decisiva: "No se puede servir a dos señores..." Quien absolutice la riqueza de este mundo se convierte en enemigo de Dios y de su reino. El que adora al verdadero Dios no puede hacer de las riquezas el ídolo o meta de su vida. Todos los bienes de este mundo valen en la medida en que conducen al amor; tienen sentido como posibilidad de un desarrollo verdaderamente humano. Tomadas en sí mismas las riquezas destruyen la persona.

Es evidente que pecaría de injusto el que quisiera interpretar este pasaje en clave comunista. Jesús no nos ha dado el poder de repartir violentamente las riquezas que se encuentran en manos de los otros. Pero sería más injusto el defender desde este plano un tipo de economía liberal que absolutiza la propiedad privada. El auténtico cristiano sabe que no puede violentar al otro; pero sabe al mismo tiempo que sus bienes – su riqueza material y su persona – tienen realidad cristiana en la medida en la que son servicio para los demás, para el otro. Si el dinero y la fortuna de este mundo no nos sirven para hacer auténticos amigos (para un servicio de amor y de unidad comunitaria) se han venido a convertir en ídolo y nos hacen incapaces de entender y de seguir al Cristo.

25.º domingo ordinario C

Te ruego, pues, lo primero de todo, que hagáis oraciones, plegarias, súplicas, acciones de gracias por todos los hombres. (1 Tm 2,1)



Primera lectura

Amós 8,4-7

Escuchad esto los que exprimís al pobre, despojáis a los miserables, diciendo: ¿Cuándo pasará la luna nueva para vender el trigo, y el sábado para ofrecer el grano? Disminuís la medida, aumentáis el precio, usáis balanzas con trampa, compráis por dinero al pobre, al mísero por un par de sandalias, vendiendo hasta el salvado del trigo. Jura el Señor por la gloria de Jacob que no olvidará jamás vuestras acciones.

Segunda lectura

1 Timoteo 2,1-8

Te ruego, pues, lo primero de todo, que hagáis oraciones, plegarias, súplicas, acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los que están en el mando, para que podamos llevar una vida tranquila y apacible, con toda piedad y decoro. Eso es bueno y grato ante los ojos de nuestro Salvador, Dios, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Pues Dios es uno, y uno solo es el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó en rescate por todos; éste es el testimonio en el tiempo apropiado; para él estoy puesto como anunciador y apóstol – digo la verdad, no miento – , maestro de los paganos en fe y verdad. Encargo a los hombres que recen en cualquier lugar alzando las manos limpias de ira y divisiones.

Evangelio

Lucas 16,1-13

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: – Un hombre rico tenía un administrador y le llegó la denuncia de que derrochaba sus bienes. Entonces lo llamó y le dijo: – ¿Qué es eso que me cuentan de ti? Entrégame el balance de tu gestión, porque quedas despedido.

El administrador se puso a echar sus cálculos: – ¿Qué voy a hacer ahora que mi amo me quita el empleo? Para cavar no tengo fuerzas; mendigar me da vergüenza. Ya sé lo que voy a hacer para que, cuando me echen de la administración, encuentre quien me reciba en su casa.

Fue llamando uno a uno a los deudores de su amo, y dijo al primero: – ¿Cuánto debes a mi amo? Este respondió: – Cien barriles de aceite.

El le dijo: – Aquí está tu recibo; aprisa, siéntate y escribe "cincuenta".

Luego dijo a otro: – Y tú, ¿cuánto debes?

El contestó: – Cien fanegas de trigo.

Le dijo: – Aquí está tu recibo; escribe "ochenta".

Y el amo felicitó al administrador injusto por la astucia con que había procedido. Ciertamente, los hijos de este mundo son más astutos con su gente que los hijos de la luz. Y yo os digo: Ganaos amigos con el dinero injusto, para que, cuando os falte, os reciban en las moradas eternas.

El que es de fiar en lo menudo, también en lo importante es de fiar; el que no es honrado en lo menudo, tampoco en lo importante es honrado. Si no fuisteis de fiar en el vil dinero, ¿quién os confiará lo que vale de veras? Si no fuisteis de fiar en lo ajeno, lo vuestro, ¿quién os lo dará?

Ningún siervo puede servir a dos amos: porque, o bien aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero.

Meditación

El reino es ante todo la expresión del don de Dios que elige y que perdona. Su riqueza ha convertido al hombre en plenamente rico. Sin embargo, el que pretenda encerrar sobre su vida el don que ha recibido acaba por perderlo. Estos nos lleva una vez más al centro de la dialéctica entre la gracia (el amor de Dios, el reino) y las exigencias de las obras (es decir, la vida humana convertida en don de amor para los otros).

Esta exigencia de la vida o de las obras no se puede difuminar en un espiritualismo de carácter sentimental. La manera de emplearlos es la concretización del amor de Dios en nuestra vida.

En la parábola se alude a un administrador de bienes, sabio pero injusto. Se ha enterado de que el señor intenta despedirle y se decide a falsear el libro de las cuentas, reduciendo de una forma descarada las deudas que le deben a su amo. Calcula que los deudores se verán obligados a ayudarlo cuando sea despedido. Pues bien, la actuación de ese administrador puede servirnos de modelo. Ha empleado la riqueza que el señor le ha encomendado como un medio de ganarse amigos. De una forma semejante, los cristianos tienen que actuar con el dinero de este mundo al que, curiosamente, califica como injusto. El dinero que ordinariamente es ocasión o efecto de injusticia se puede convertir en medio para ayudar a los perdidos, a los pobres indigentes de la tierra. Tal es la forma verdadera de ganar amigos que nos sostienen y reciben precisamente en el momento que perdemos todo, cuando dejamos la administración de este mundo y llegamos al juicio.

La conclusión de esta parábola es absolutamente seria. Por eso se añaden dos advertencias que aplican y matizan su sentido. La primera indica que es preciso ser fieles en lo poco a fin de recibir después lo grande. Dios nos ha encomendado los bienes materiales; como buenos administradores tenemos que utilizar ese depósito de acuerdo a la voluntad de su dueño, es decir, en favor de los pobres, como un medio de amor y de servicio. Esto significa que el reino no se encuentra separado de la vida; se realizará a través de nuestro encuentro con los otros, de acuerdo con el uso que hagamos del dinero.

La segunda advertencia se formula en forma de sentencia decisiva: "No se puede servir a dos señores..." Quien absolutice la riqueza de este mundo se convierte en enemigo de Dios y de su reino. El que adora al verdadero Dios no puede hacer de las riquezas el ídolo o meta de su vida. Todos los bienes de este mundo valen en la medida en que conducen al amor; tienen sentido como posibilidad de un desarrollo verdaderamente humano. Tomadas en sí mismas las riquezas destruyen la persona.

Es evidente que pecaría de injusto el que quisiera interpretar este pasaje en clave comunista. Jesús no nos ha dado el poder de repartir violentamente las riquezas que se encuentran en manos de los otros. Pero sería más injusto el defender desde este plano un tipo de economía liberal que absolutiza la propiedad privada. El auténtico cristiano sabe que no puede violentar al otro; pero sabe al mismo tiempo que sus bienes – su riqueza material y su persona – tienen realidad cristiana en la medida en la que son servicio para los demás, para el otro. Si el dinero y la fortuna de este mundo no nos sirven para hacer auténticos amigos (para un servicio de amor y de unidad comunitaria) se han venido a convertir en ídolo y nos hacen incapaces de entender y de seguir al Cristo.